



Octavio Paz: bajo su clara sombra

Los 112 años de un poeta

**El bien, quisimos el bien:
enderezar al mundo.**

**No nos faltó entereza:
nos faltó humildad.**

Lo que quisimos no lo quisimos con inocencia.

Presentación

Hay autores que se leen... y otros que se habitan.
Octavio Paz pertenece a los segundos.

Está en los libros, claro, pero también en las discusiones que no se acaban, en esa manía muy mexicana de preguntarnos quiénes somos y por qué nos cuesta tanto decirlo sin rodeos. Paz se metió ahí y no salió nunca.

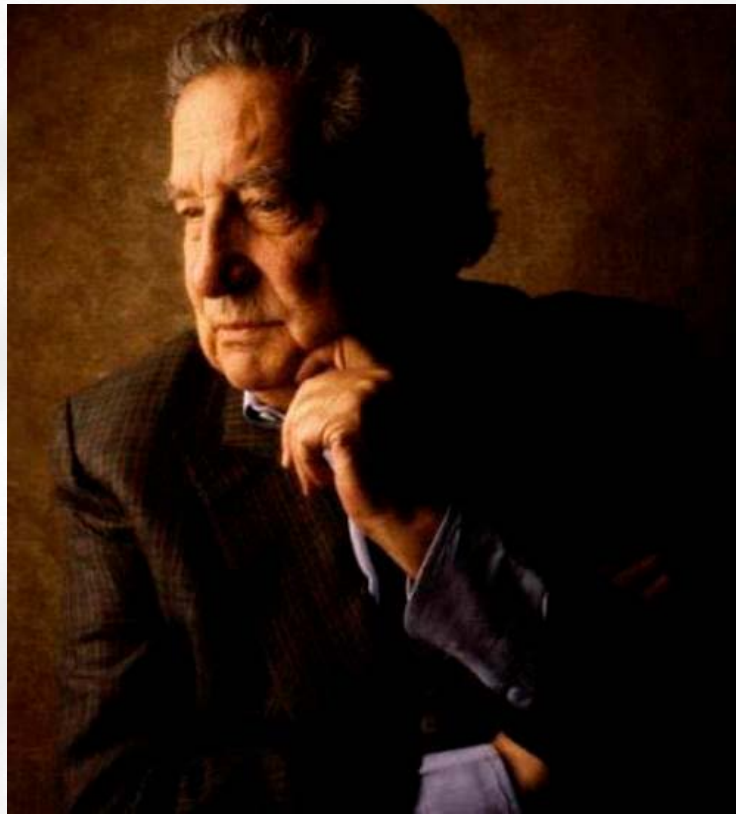
A 112 años de su nacimiento, este suplemento no intenta explicarlo, sino volver a mirarlo. Desde distintos ángulos: el ensayo que piensa, el poema que arde, el lector que recuerda, el crítico que cuestiona. Paz no fue un autor de certezas, sino de tensiones: entre la historia y el instante, entre el cuerpo y la palabra, entre la soledad y la búsqueda del otro.

Aquí hay, entonces, fragmentos de ese diálogo inacabado. Porque con Paz no se termina: se vuelve.

Octavio Paz: la sonrisa de las estatuas

Guillermo Sheridan





(Fragmento)

Cualquier guijarro lanzado al lago de la obra de un poeta, si es un gran poeta, producirá resonancias singulares. Por pequeño que sea, genera ondas que se expanden sobre el agua hasta alcanzar la ribera de sus grandes intereses o preocupaciones. Arrojaré sobre la obra de Octavio Paz una pequeña pregunta: **¿qué significa la risa, qué hay en una sonrisa? De entrada, se antojaría que es un asunto baladí: en nuestros días, la risa casi es sinónimo de tontería.**

No es infrecuente que, a raíz de la muerte de Octavio Paz, al evocarlo, **sus amigos lo recuerden sonriendo en sus últimos días.** Es cierto. Lo recuerdo también así y es el recuerdo inicial por el que ingreso a otros. Quizás lo hago para protegerme de una inteligencia que, aunque generosa, era un tanto intimidatoria. Él se preguntó alguna vez, siguiendo a Aristóteles, **por qué los hombres excepcionales en la filosofía, la ciencia, la poesía y las artes son melancólicos.** Dudo que él lo fuera —aunque era excepcional. Del carácter melancólico, quizás le interesaba más el lloroso y pensativo Heráclito que la contraparte cordial y riente de Demócrito. Quizás se sujetaba al consejo

de Epicteto en el sentido de que la risa no debe ser mucha, ni frecuente, ni descontrolada (*Enquiridión* CLXV). **Pero en su rostro era legible a la vez la severidad de la inteligencia y la hospitalidad de una sonrisa. Su obra no escatima esta sonrisa.** Ni a él ni a su pensamiento les era difícil sonreír, y es injusta una apreciación que le regatea esa virtud, sobre todo, en la opinión mexicana que le es adversa, atareada en presentarlo como un agelasta intratable. **Sonreía más con los ojos que con la boca y, cuando se reía, entonces sí lo hacía con todo el rostro. Sonreía la última vez que lo vi, a pesar del dolor.** Más allá de mi interés personal en la risa como problema cultural, es el gusto de recordar sonriendo a Octavio lo que me ha llevado a preguntarme: ¿de qué se reía, con qué se sonreía?

De entrada, hay que señalar que existe una clara diferencia en su obra entre risa y sonrisa. **La risa es tema cultural casi exclusivo de su trabajo crítico, mientras que la sonrisa es más un signo lírico-poético; pero ambas le intrigan como expresión.** El hecho de que “el órgano de la risa sea el mismo que el del lenguaje: la lengua y los labios” (*Conjunciones y disyunciones* oc 10: 113) parecía fascinarle.



La risa en su obra crítica podía expresar sin decir las más diversas cosas: el deseo, la alegría, la moral. En su poesía, la sonrisa es signo y sorpresa: una dádiva y una cifra del instante.

La risa equivale al paisaje del rostro: es lo que el amanecer al día; es la sílaba tónica de lo que el rostro dice. En otras ocasiones, es un acento del erotismo íntimo, una fiesta en miniatura, una rendija por donde se ingresa a un instante privilegiado. Y más aún: a veces, el poema mismo es una traducción al “idioma” sonrisa: no un poema divertido o risible, sino en sonrisa: un traslado de la sonrisa al papel. Pero, también, el hecho de que los humanos rían y las preguntas asociadas a este fenómeno —cómo, por qué y de qué— lo condujeron —al igual que a Baudelaire, Bergson, Freud, Nietzsche y Lacan— a lucubraciones de índole metafísica, antropológica y religiosa.



Hay dos ensayos cruciales de Paz sobre el significado de la risa: “Risa y penitencia”, escrito en París en 1962, es un texto sobre el sacrificio ritual mesoamericano, su relación con el arte y la naturaleza del trabajo, así como la función que juega la risa en ese esquema. El otro es ***Conjunciones y disyunciones*** (oc 10: 113 y ss.), en el que estudia la risa, pero ya no a la luz del mito, sino de la sociedad. Comentemos primero este último, porque hay en él elementos que, a mi entender, veremos luego operar en la poesía.

Conjunciones y disyunciones analiza la naturaleza defensiva de la risa frente a lo que nos resulta insoportable por ser verdadero o por ser un secreto que se devela, es decir, la risa como atenuante del peso del conocimiento o la carga de la revelación.

Reírse, explica Paz, es una reconciliación entre el alma y el cuerpo. Al reír, habla el alma sin las aduanas de la razón, del orden, de las reglas de convivencia. Pero esa risa, “al mismo tiempo que celebra la reconciliación del alma y del cuerpo, la disuelve, la vuelve irrisoria”. No lejos de Baudelaire, propone:

la sonrisa y en general lo cómico son los estigmas del pecado original o los atributos de nuestra humanidad, el resultado y el testimonio de nuestra violenta separación del mundo natural. **La sonrisa es el signo de nuestra dualidad; si a veces nos burlamos de nosotros mismos con la acrimonia con que nos burlamos diariamente de los otros, es porque somos siempre dos: el yo y el otro.**

La risa es también solución, anulamiento de una responsabilidad intelectual insufrible, o bien defensa ante el “temblor psíquico”. Propone Paz: “agitados por la violencia de nuestras sensaciones e imaginaciones, pasamos de la seriedad a la carcajada”, que “es una síntesis provisional entre el alma y el cuerpo... La carcajada es semejante al espasmo físico y psicológico: reventamos de risa. Esta explosión es lo contrario de la sonrisa”. La carcajada es también una metáfora de esa violencia: al carcajearse, “la cara se vuelve falo, vulva o culo, expresión de la violencia fisiológica y cósmica”. Así pues, “la risa loca no es únicamente una respuesta al principio del placer ni tampoco su copia o reproducción, aunque sea ambas cosas: es la metáfora del placer”. **La carcajada es “un regreso a un estado anterior, volvemos al mundo de la infancia, colectiva o individual, al mito y al juego. Vuelta a la unidad del principio, antes del tú y del yo, un nosotros que abarca a todos los seres, las bestias y los elementos”.**





Me interesa destacar, sobre todo, dos ingredientes de esta reflexión, útiles para lo que vendrá más tarde. El primero es el que cierra el párrafo anterior, de donde se desprende la idea de que la risa es, por una parte, abolición del tiempo y, por otra, signo y certificación de la “unidad” primordial sobre la que descansa ese vector clave del pensamiento de Paz: el concepto de *nosotros*, **la abolición de la individualidad y la contingencia en el reino “sin nombres” de la poesía**. Por otro lado, la noción de la **risa como “síntesis provisional entre alma y cuerpo”** me parece interesante no sólo por la puntualidad de la propuesta —un verdadero hallazgo—, sino por la forma en la que tal identificación regirá la aparición, la presencia y la función de la risa en su obra lírica.

El primer ensayo al que me referí, “*Risa y penitencia*”, es un escrito anómalo. Si bien derivará hacia el ensayo, no cabe duda de que comienza como poema en prosa no del todo diferente en carácter a algunos textos de *¿Águila o sol?* Se origina de una circunstancia poética: **el poeta mira al sol que avanza al amanecer, iluminando progresivamente su estudio. El sol parece buscar algo: “palpa las paredes, se abre paso entre las manchas rojas y verdes del cuadro, trepa la escalinata de los libros”**. De pronto, sus rayos tocan una pequeña escultura prehispánica con una sonrisa perturbadora. Apenas la toca el sol, su carita “ríe y sostiene la mirada sin pestañear”.



Al cruzar sus miradas, el sol y la sonrisa se reconocen. Que la mínima carita le sostenga la mirada al sol sin pestañear ya hace sonreír al espectador y, eventualmente, al lector. La sonrisa en Paz siempre es contagio, pacto de simpatía en sonrisas que tienen cierta cualidad musical, que se juntan, entonan y afinan en *armonía*. Son como las rimas de los rostros que redactan juntos el texto de lo compartido.



El instante en el que el sol, la carita y el poeta armonizan es un perfecto instante poético. Que esta armonía entone al sol divino y al pequeño trozo adánico de barro es gracioso en ambos sentidos de la palabra: algo sonriente y tocado por la gracia. En el momento de sonreírse, el sol, la estatuita y el poeta, en un instante luminoso, se hacen equivalentes. Se establece entre ellos también la complicidad de quienes comparten, sonriendo, un secreto. En esa complicidad hay además un gozo poético por excelencia: el de **atestiguar una correspondencia entre seres u objetos disímboles que se reconcilian**:

¿De quién o por qué se ríe? Ríe con el sol. Hay una complicidad, cuya naturaleza no acierto a desentrañar, entre su risa y la luz [...]. **Ríe para sí y porque sí. Ignora nuestra existencia; está viva y ríe con todo lo que está vivo.** Ríe para germinar y para que germine la mañana. Reír es una manera de nacer (la otra, la nuestra, es llorar). Si yo pudiese reír como ella, sin saber por qué... Hoy, un día como los otros, bajo el mismo sol de todos los días, estoy vivo y río (118).

La sonrisa ante el milagro es fugaz: se convierte en la sonrisa triste de quien se sabe condenado a pensar en la naturaleza de su risa, de quien sabe que toda sonrisa es pasajera. Toda sonrisa conlleva la tristeza de su fugacidad.



Este elemental reconocimiento de “estar vivo y reír” es frecuente en la poesía de Paz: recordémoslo en “1930: Vistas fijas”, donde exclama: “¡Ah, estar vivo, desgarnar la granada de esta hora y comerla grano a grano!”. Suele ocurrir al alba, como si la risa fuese un pasaporte para cruzar la frontera de la jornada que comienza y acceder al país cotidiano. A su vez, cuando la sonrisa es a otra hora del día, esa hora se convierte en un alba súbita. En “1930: Vistas fijas”, el poeta joven recorre la ciudad. De pronto...

al cruzar la calle, porque sí, como un golpe de mar [...], como el sol que rompe entre nubarrones: la alegría, el surtidor de dicha instantánea, ¡ah, estar vivo!

La risa tiene dos labios, dos ojos, dos filos: uno hacia el mundo y otro hacia adentro. La risa se dirige también hacia uno mismo, contra sí mismo. Dice Paz:

La ironía es el hombre que se ríe de los demás y se ríe de sí mismo; la metaironía consiste en ir más allá de este diálogo con el yo: la metaironía se ríe del yo que se ríe del mundo. **La ironía es cruel, la metaironía disuelve la crueldad.**

Esta disolución se da en la compasión y la piedad (“En el filo del viento...” oc 8: 471). Otra reconciliación: si me río de mí, reconozco mi debilidad y, a la vez, la atenúo; si me río de mí, admito que me quiero, que soy el primer sujeto de mi ironía. Entonces, ese amor propio me conduce a compadecerme de mí y a compadecer todo aquello de lo que uno se ríe. **La risa es crítica y autocrítica. Es simpatía hacia el mundo y compathia con uno mismo.** Los listones de la risa flotan entre los opuestos irre-

conciliables —entre la vida y la muerte, entre la ignorancia y la sabiduría—, listos para reconciliar.



Paz conjetura que lo que hace sonreír a la carita es “la unión de las dos vertientes de la existencia”, la vida y la muerte, en el momento del sacrificio humano. Calcula que es la misma risa que convulsiona a los participantes en las orgías bacanales y saturnales de la cultura mediterránea: “La risa sacude al universo, lo pone fuera de sí, revela sus entrañas”. La risa nos mata de la risa.



La risa, expresión de libertad, también tiene un ingrediente subversivo. Es expresión privativa del género humano y, a la vez, un paréntesis de la razón. Significa, pero no sabemos qué significa. Se evade de la razón, pero reconcilia sus límites; es un gozo superior al discurso. Abomina del sentido articulado y lo libera en un tartamudeo asignificante. Al hacerlo, reconoce la supremacía del delirio sobre el significado, o, más bien, lo complementa. **La risa más ruidosa y festiva se llama en castellano carcajada, una onomatopeya tartamuda (en un idioma poco afecto a calcar palabras de los ruidos) que genera ecos múltiples:** la caja de la cara, el carcaj ajado, la cara como arcada del cuerpo riente.

La risa —dice Paz en el mismo ensayo— es un paréntesis en el orden y, a la vez, una crítica del orden: “Niega al trabajo, interrumpe la tarea y, sobre todo, pone en tela de juicio su seriedad. La risa es una suspensión y, en ocasiones, una pérdida del juicio”. Si el trabajo humaniza al mundo y le da sentido a la naturaleza, la risa, explica Paz:

devuelve el universo a su indiferencia y extrañeza originales [...]. Por la risa, el mundo vuelve a ser un lugar de juego, un recinto sagrado y no de trabajo. El nihilismo de la risa sirve a los dioses... Por la muerte y la risa, el mundo y los hombres vuelven a ser juguetes: los objetos y sujetos del juego esencial que hay en el origen de toda iniciativa artística.

La especulación sigue una ruta singular en la que Paz explora el sentido de la divinidad y el papel que juega la risa en sus inexorables territorios: la risa mágica, la risa del cosmos parecería ser el lenguaje inicial de la creación. “En el principio fue la risa; el mundo comienza con un baile indecente y una carcajada”, dice en relación con un mito genésico japonés. Frente a otra estatuilla prehispánica, que representa a un “Dios que surge de una orquídea de barro”, con el mismo título (“Piedras sueltas” oc 11: 140), dice:

Entre los pétalos de arcilla nace,

sonriente,
la flor humana.

En “Risa y penitencia”, además, insinúa que la risa es un resto del lenguaje genésico, una suerte de lengua embrionaria, el big bang del logos:

Hoy sólo los niños se ríen

con una risa que recuerda a la de las cabezas totonacas. **Risa del primer día, risa salvaje y cerca todavía del primer llanto: acuerdo con el mundo, diálogo sin palabras, placer.** Basta alargar la mano para coger el fruto, basta reír para que el universo ría...

Paz parece aceptar que el juego, la poesía y toda creación estética emanan de un principio placentero. De ser así, la sonrisa es la constatación de ese principio, la cara de ese principio. La poesía tiene un pie en el vértigo de la razón y otro en el balbuceo salvaje: juntos, procuran el conocimiento como gozo, desde y hacia el gozo. Esta idea de Paz recuerda a la de Freud:

el chiste y el arte tienen el mismo origen. El chiste y el poema son expresiones del principio del placer, victorioso por un instante del principio de realidad. En los dos casos el triunfo es imaginario, pero en tanto que el chiste se disipa en el arte hay una voluntad de forma.

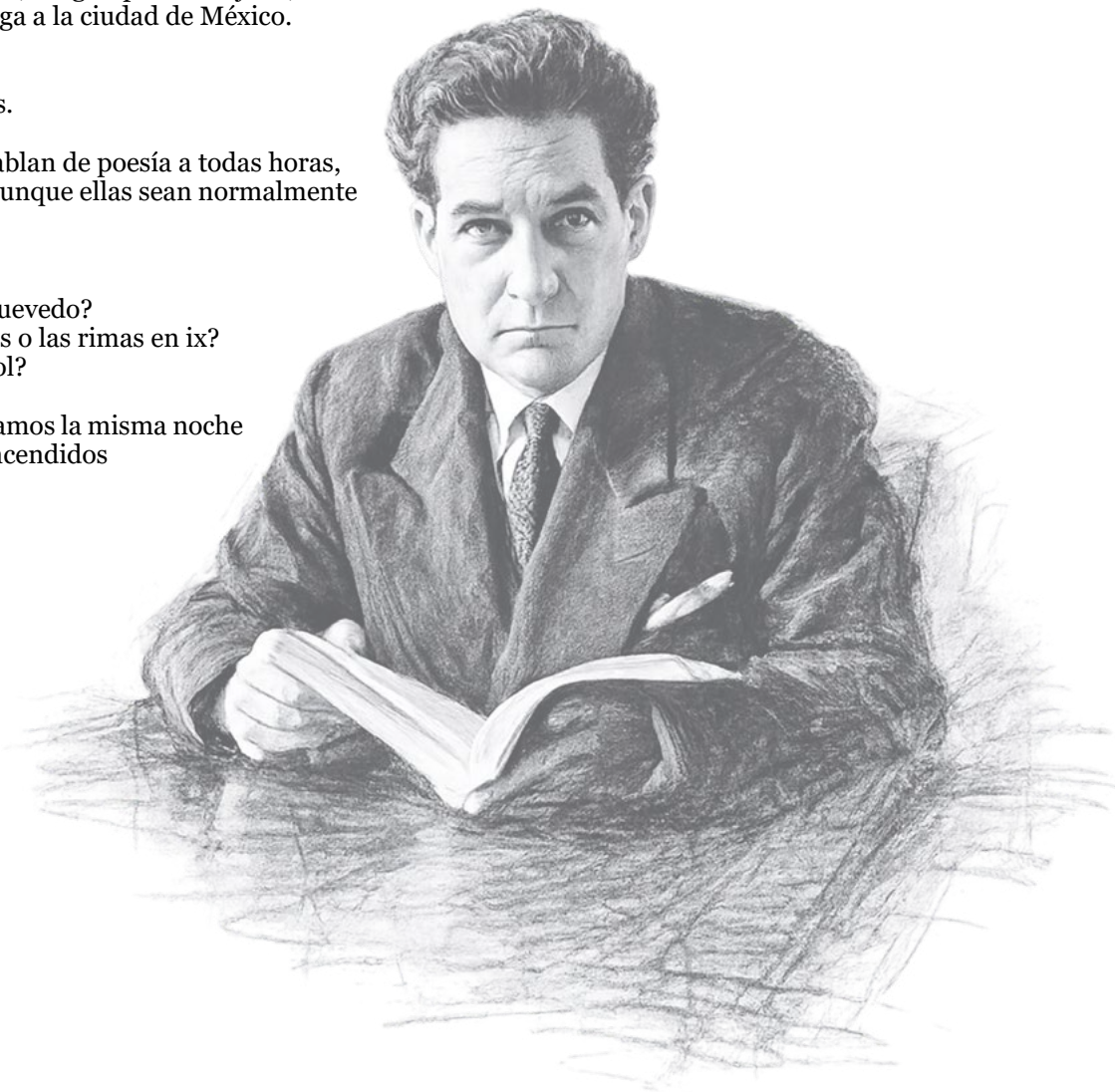
No estoy diciendo, de ninguna manera, que Paz sea un poeta humorista o “divertido”. Es obvio que su poesía evadió meticulosamente el coqueteo con la humorada o la gracejada, el “chiste asesino” contra el que precavió Paul Verlaine en su “Art Poétique”. En cambio, el ánimo aleve del juego y su expresión por la sonrisa, aunque sutil, es perceptible. **Juego en el sentido mexicano de “jugársela”, de tomar riesgos; en el sentido de que “el amor al juego conduce a jugarse la vida en una palabra” (¿Águila o sol? oc 11: 148).**

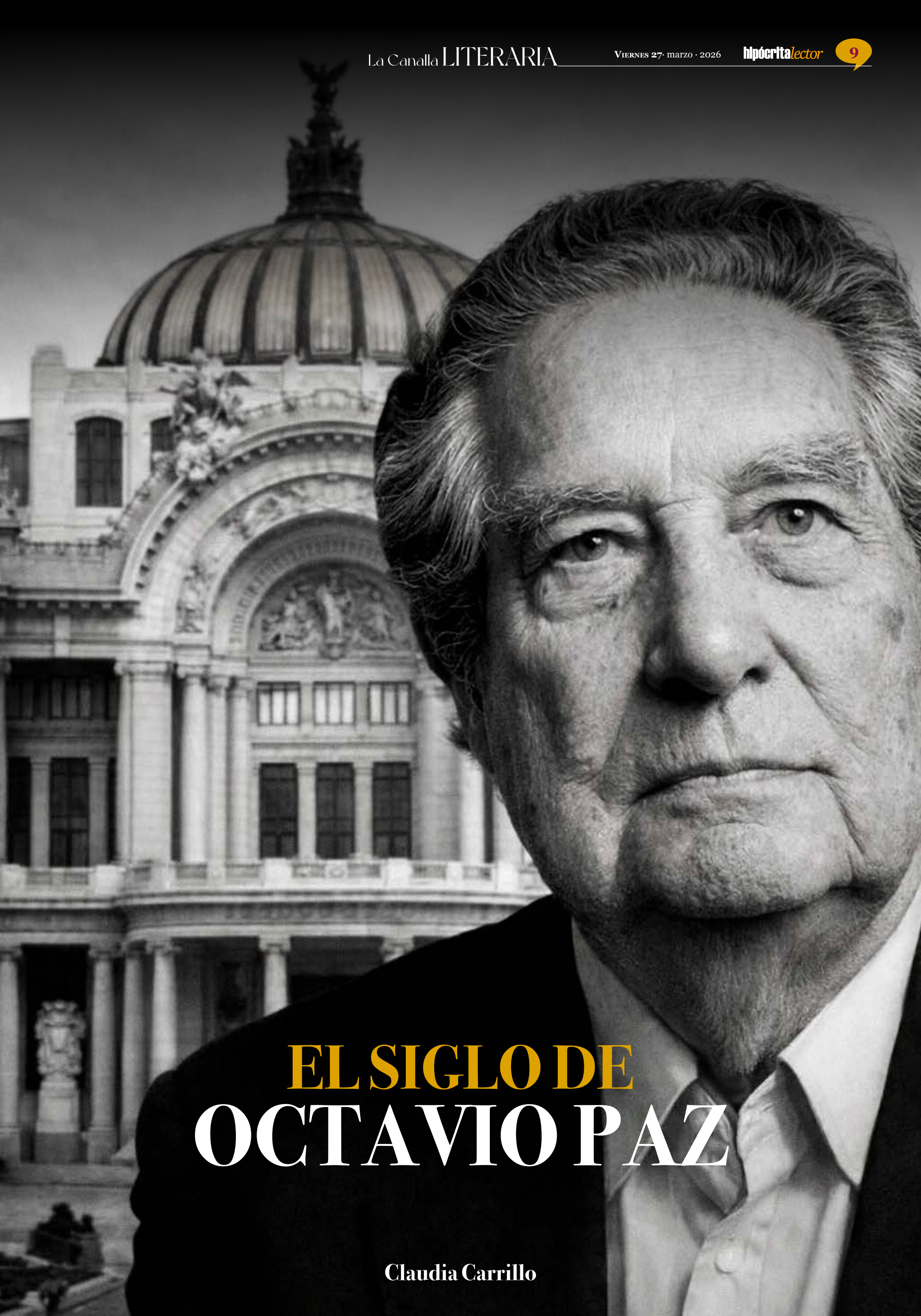


Dos poetas en la noche mexicana

| MARIO ALBERTO MEJÍA

La primera vez que leí a Nicanor Parra fue en un piso de Paseo de la Reforma, cerca de donde Octavio Paz tenía su penthouse en el que se incendió su biblioteca, lo que le trajo enfermedades, depresiones y cierta animadversión a su gata Nagara, quien provocó un corto circuito tan terrible que el fuego barrió con las ediciones príncipes de Sor Juana, Eliot, Pound, Baudelaire y William Carlos Williams, entre otros. Javier y Regina, empresarios y amigos, me llevaron a la poesía del poeta chileno nacido en 1914, fecha en la que también nació Octavio Paz, quien tras el incendio de su biblioteca perdió en parte las ganas de vivir. Fue en una velada nocturna poblada de vinos y quesos, cuando Javier y Regina pusieron en mis manos una edición bilingüe de los Antipoemas. Yo era paciano en ese tiempo y no aceptaba otra voz que no fuera la del hombre que hizo a un lado las ganas de vivir cuando perdió su biblioteca por culpa de una gata callejera que le obsequió un poeta joven y que fue bautizada con el extraño nombre de Nagara: “sin embargo”, en japonés. La primera lectura de Parra fue una revelación. Fue como leer a Paz en el origen. Y mientras Javier y Regina se turnaban algunos versos de los Antipoemas, desde los ventanales de su piso yo veía la luz encendida del penthouse de Paz y lo imaginaba discutiendo con su esposa por asuntos domésticos como “¿dónde está el vino que nos regaló Carlos Fuentes?” o “¿dónde guardas las servilletas de papel?”. Javier y Regina abrieron dos o tres botellas de un vino francés para celebrar los poemas de Parra. En consecuencia, brindamos veinte o treinta veces mientras leíamos los Versos del Salón, las Canciones Rusas o, en particular, “Lo que el difunto dijo de sí Mismo”, aunque desde el primer momento un antipoema se metió en mi gusto: el galán imperfecto que se dedica a leer una revista mientras la novia triste desmoleza la tumba de su padre. En un momento prodigioso, Octavio Paz y su mujer salieron a mirar la noche a la terraza con una copa de vino cada uno. Pensé entonces en ese poema de la Antología Palatina en el que el poeta, en homenaje a Claudio Ptolomeo, se enfrenta a la inmensa noche poblada de estrellas y termina diciendo algo así como “en este instante alguien me deletrea”. Paz señalaba con su mano izquierda las constelaciones, y seguramente recitaba algunos versos de poetas griegos o latinos, o japoneses, sobre las vicisitudes de la noche. O decía de memoria algunos hai-kús alusivos a la luna. O simplemente le decía “esa es la Osa Menor” o “esa es Chandra y aquella Mangala”, en referencia a la luna y a Marte. O quizás no veían ninguna estrella en el cielo, ningún planeta lejano, y sólo comentaban sobre la polución que ahoga a la ciudad de México. Instantes después la pareja regresó al interior de su penthouse y nosotros volvimos a Parra y sus antipoemas. De vuelta a casa miré desde abajo el piso de Octavio Paz y me pregunté si los poetas hablan de poesía a todas horas, Y si esa obsesión no aburre a sus mujeres, aunque ellas sean normalmente las musas inspiradoras. ¿Tanto verso no cansa? ¿Tanto Cernuda o Gil de Biedma? ¿Tanto soneto de Sor Juana, de Góngora o Quevedo? ¿No fatigan por momentos los pies quebrados o las rimas en ix? ¿O la mirada del poeta en un partido de fútbol? Escribo a la luz de ese recuerdo, y me emociona saber que un día Paz y yo miramos la misma noche mexicana poblada de estrellas, de fulgores encendidos y de la inevitable polución.





EL SIGLO DE OCTAVIO PAZ

Claudia Carrillo

**“No hay ni un alma entre los árboles.
Y yo no sé adónde me he ido.”
(Dónde sin quién)**

Un pequeño barrio de la Ciudad de México fue el escenario de la niñez de Octavio Paz.

Criado por su madre, Josefina Lozano, y su abuelo paterno, Irineo Paz, mientras su padre, Octavio Paz Solórzano, trabajaba como escribano y abogado de Emiliano Zapata, además de ser colaborador incansable del movimiento vasconcelista.

En una casa de Mixcoac convivía con los señores Paz, un par de hombres letrados. Don Irineo fue editor y escritor de un libro significativo del Porfiriato: México actual, galería de contemporáneos, una radiografía de los personajes de esa época. Por su parte, Don Octavio fue un periodista, escritor y editor de publicaciones relacionadas con los zapatistas.





“Como su padre y su abuelo, Octavio fue seducido por la vocación de escribir y el placer de hacer libros, tanto propios como ajenos” (Adolfo Castañón, integrante de la Academia Mexicana de la Lengua).

De esa misma forma lo recordaba Paz Lozano en entrevista con el investigador y profesor cubano Enrico Mario Santí: “Fue decisiva la presencia de mi abuelo que era escritor. Lo veía leer y escribir todos los días. Sabía que había escrito memorias, novelas, de modo que fue un

poco el modelo... También, una influencia determinante fue la de una tía (Amalia), era una gran lectora, le interesaba mucho la literatura”.

Al cursar estudios de Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad Autónoma de México (UNAM), se mudó a Yucatán donde comenzó a escribir *Entre la piedra y la flor*, un poema sobre la cultura y el rompimiento de la fe del campesino mexicano frente al sistema capitalista.

Desde joven, la cercanía con la literatura se tornó una cotidianidad en su vida, por lo

que incluso cuando viajó a España en plena guerra civil — entre 1936 y 1937—, descubrió a escritores como Gerardo Diego, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y al chileno Pablo Neruda.

Pese a mostrarse solidario con la causa republicana en el país europeo, esto cambió tras la represión contra algunos de sus amigos que militaban en el Partido Obrero de Unificación Marxista de Cataluña. Luego de ello, Octavio Paz denunció los campos de concentración soviéticos y los crímenes de José Stalin.

De vuelta en México hacia los últimos años de la década de los treinta e inicio de los años cuarenta, participó en la fundación de la revista *Barandal* y posteriormente dirigió *Taller*. Ésta última se convirtió en una red de poetas e intelectuales españoles refugiados en México; casi al final de *Taller*, Paz conformó dos antologías, una de poesía moderna llamada *Laurel* y otra por encargo de la UNESCO sobre poesía mexicana, *Anthology of Mexican Poetry*.



Conoció el surrealismo durante su estancia en Francia como diplomático mexicano, desde donde publicó su clásica y más relevante obra: *El laberinto de la soledad*, un ensayo antropológico sobre la identidad de nuestro país.



Durante la prolífica década de 1950 también salieron a la luz otros títulos como *El arco y la lira*, donde reflexiona sobre el fenómeno poético; *¿Águila o sol?*, un libro de prosa con influencia surrealista; y *Libertad bajo palabra*, un compendio de algunos de sus poemas más representativos.



**“La vergüenza es ira vuelta contra uno mismo”
(México: Olimpiada de 1968)**

Cuando Octavio Paz fungía como embajador en India, se enteró de la masacre ocurrida en Tlatelolco el 2 de octubre de 1968; en señal de protesta, renunció a tal cargo porque **“no podía seguir representando a un gobierno que había obrado de una manera tan abiertamente opuesta a mi forma de pensar”**, según confesó a Elena Poniatowska.

En conversación con Alfred Mac Adam para The Paris Review, Paz recordaba que “el movimiento estudiantil en México era más ideológico que en Francia o en los Estados Unidos, pero también tenía aspiraciones legítimas. El sistema político mexicano nacido de la Revolución había sobrevivido, pero padecía una suerte de arteriosclerosis histórica. **El 2 de octubre de 1968, el gobierno mexicano decidió emplear la violencia para reprimir el movimiento estudiantil. Fue un acto brutal**”.



Así, bajo el título Olimpiada y Tlatelolco, de su libro Postdata, que ediciones después sería publicado como un apéndice de El laberinto de la soledad, escribió que “1968 fue un año axial: protestas, tumultos y motines en Praga, Chicago, París, Tokio, Belgrado, Roma, México, Santiago... de la misma manera que las epidemias medievales, no respetaban ni las fronteras religiosas ni las jerarquías sociales, la rebelión juvenil anuló las clasificaciones ideológicas”.



Tres años después, con Luis Echeverría en la Presidencia de la República y tras su escasa voluntad de aclarar la matanza, el escritor le retiró su apoyo. Su actitud con los dos siguientes sexenios no fue diferente, criticó ampliamente las corrientes capitalista y neoliberalista. Paz “se reencontró” con el liberalismo: denunció las violaciones a los derechos humanos de los regímenes comunistas, con lo que atrajo ánimos de la izquierda latinoamericana y de algunos estudiantes universitarios.

En opinión de Enrico Mario, “antes del 68, Paz es un escritor y diplomático; a partir del 68, Paz es una figura pública, un intelectual; en ese momento empieza su fama”.





La inmortalidad de Paz

Considerado como uno de los poetas hispanos de todos los tiempos, además de la poesía incursionó en una extensa rama de estilos literarios: ensayos,

novelas y traducciones. Su obra poética utiliza una rima interna y sutil, algunas veces difícil de captar, en la que aborda tópicos como el amor, el erotismo, la religión y la metafísica del ser.

Gracias a su interesante obra fue laureado con importantes galardones: el Príncipe

de Asturias, el Premio Cervantes y el de Tocqueville. No obstante, el mayor de todos lo recibió en 1990, año en el que se convirtió en el primer escritor mexicano en recibir el Nobel de Literatura, otorgado como un reconocimiento universal a su producción y carrera.

Pese a ser uno de los premios de mayor renombre en todo el mundo, —al enterarse de su triunfo— el gran Paz expresó que “el Nobel no es un pasaporte a la inmortalidad. La relativa inmortalidad de las obras literarias y artísticas la da la calidad”.



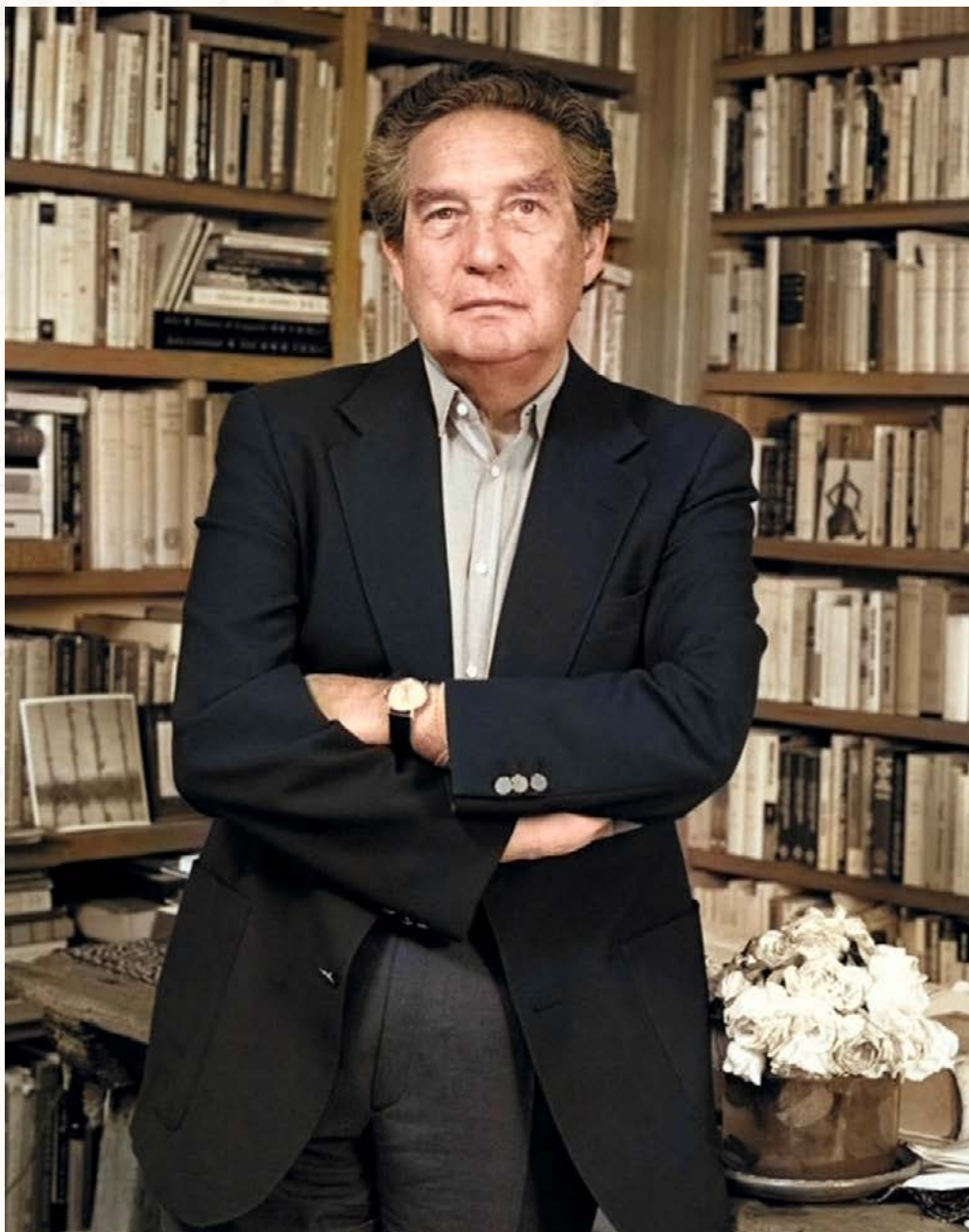


Octavio Paz estuvo casado con la también literata Elena Garro, con quien tuvo a su única hija: Laura Helena. Se unió a Bona Tibertelli de Pisis durante su paso por la India, aunque

su compañera hasta el último día de su vida fue Marie José Tramini.

Paz murió a los 84 años de edad en la Casa de Alvarado, lugar al que fue trasladado luego de que un

incendio destruyera parte de su biblioteca en su hogar anterior. Este lugar fue sede de la Fundación Octavio Paz y actualmente alberga la Fonoteca Nacional.



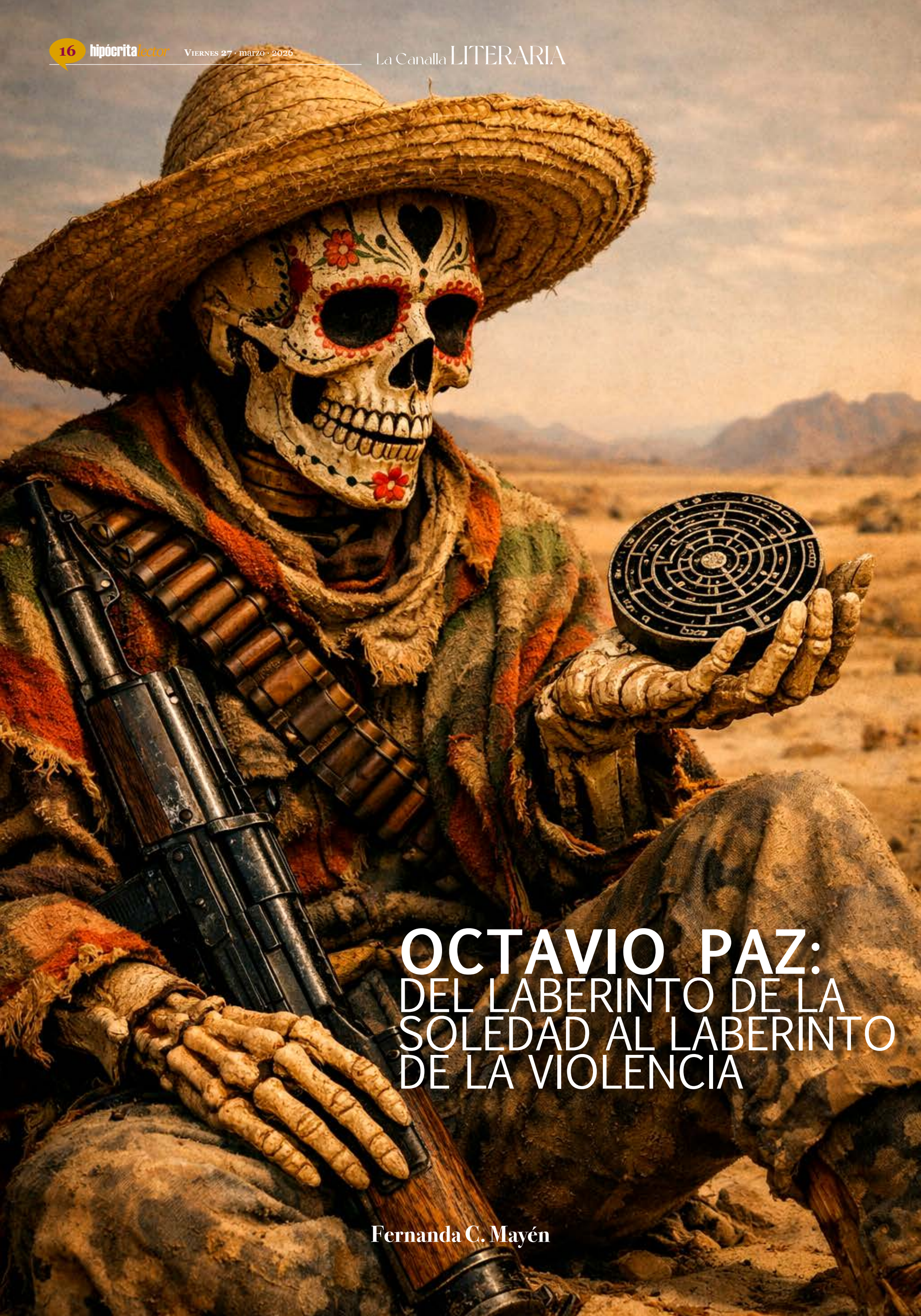
Octavio Paz es “el intelectual mexicano de mayor influencia a nivel internacional durante la pasada centuria y cuyas reflexiones sobre la sociedad mexicana de ayer y hoy serán siempre un referente para conocer nuestra idiosincrasia y cultura”.



Pasado en claro

(Fragmento)

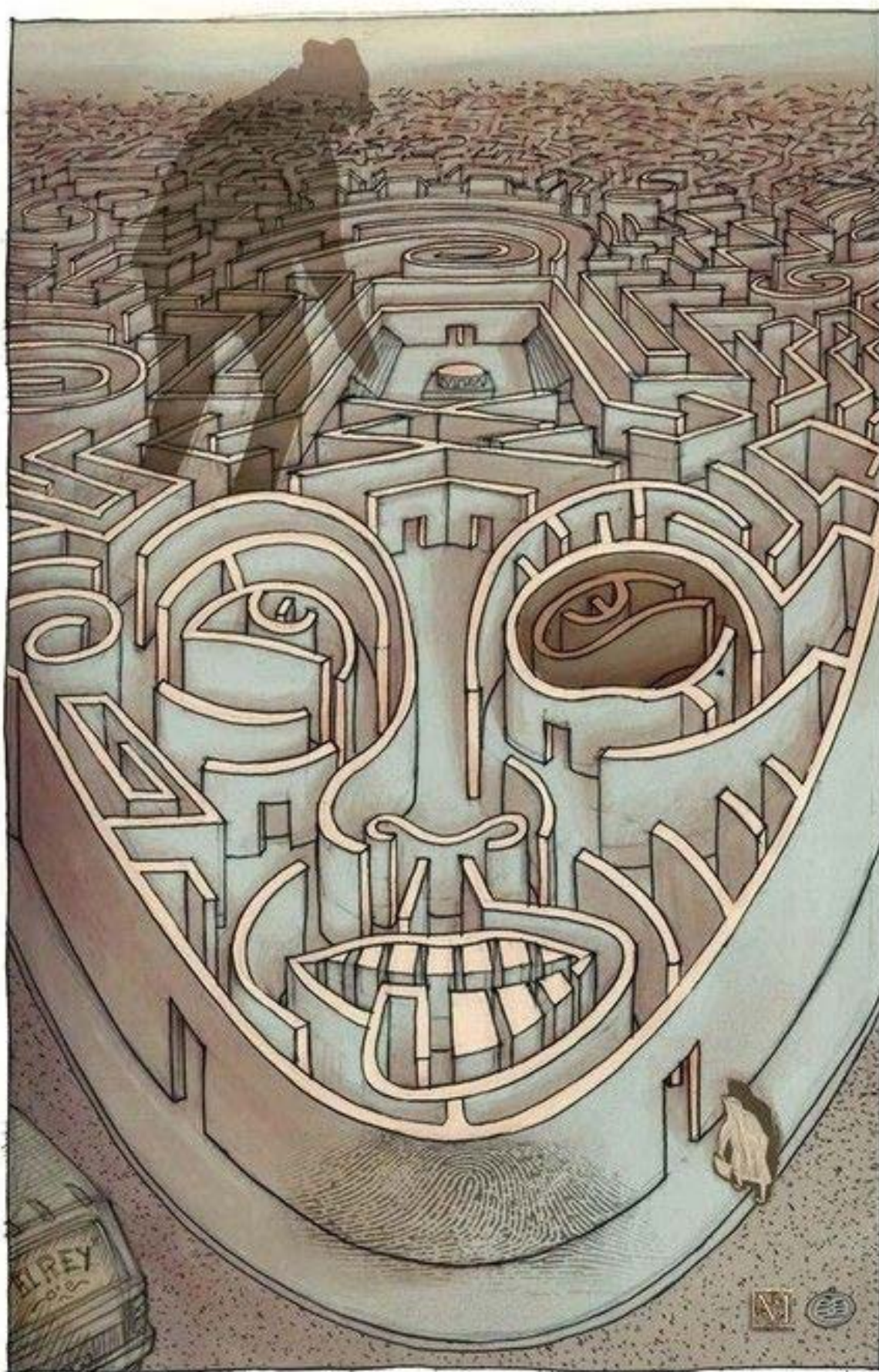
Mis palabras,
al hablar de la casa se agrietan.
Cuartos y cuartos, habitados
sólo por fantasmas,
sólo por el rencor de los mayores
habitados. Familias,
criaderos de alacranes:
como a los perros dan con la pitanza
vidrio molido, nos alimentan con sus odios
y la ambición dudosa de ser alguien.
También me dieron pan, me dieron tiempo,
claros en los recodos de los días,
remansos para estar solo conmigo.
Niño entre adultos taciturnos
y sus terribles niñerías,
niño por los pasillos de altas puertas,
habitaciones con retratos,
crepusculares cofradías de los ausentes,
niño sobreviviente
de los espejos sin memoria
y su pueblo de viento:
el tiempo y sus encarnaciones
resuelto en simulacros de reflejos.
En mi casa los muertos eran más que los vivos.
Mi madre, niña de mil años,
madre del mundo, huérfana de mí,
abnegada, feroz, obtusa, providente,
jilguera, perra, hormiga, jabalina,
carta de amor con faltas de lenguaje,
mi madre: pan que yo cortaba
con su propio cuchillo cada día.
Los fresnos me enseñaron,
bajo la lluvia, la paciencia,
a cantar cara al viento vehemente.
Virgen somnilocua, una tía
me enseñó a ver con los ojos cerrados,
ver hacia dentro y a través del muro.
Mi abuelo a sonreír en la caída
y a repetir en los desastres: al hecho, pecho.
(Esto que digo es tierra
sobre tu nombre derramada: blanda te sea.)
Del vómito a la sed,
atado al potro del alcohol,
mi padre iba y venía entre las llamas.
Por los durmientes y los rieles
de una estación de moscas y de polvo
una tarde juntamos sus pedazos.
Yo nunca pude hablar con él.
Lo encuentro ahora en sueños,
esa borrosa patria de los muertos.
Hablamos siempre de otras cosas.
Mientras la casa se desmoronaba
yo crecía. Fui (soy) yerba, maleza
entre escombros anónimos.



OCTAVIO PAZ: DEL LABERINTO DE LA SOLEDAD AL LABERINTO DE LA VIOLENCIA

Fernanda C. Mayén

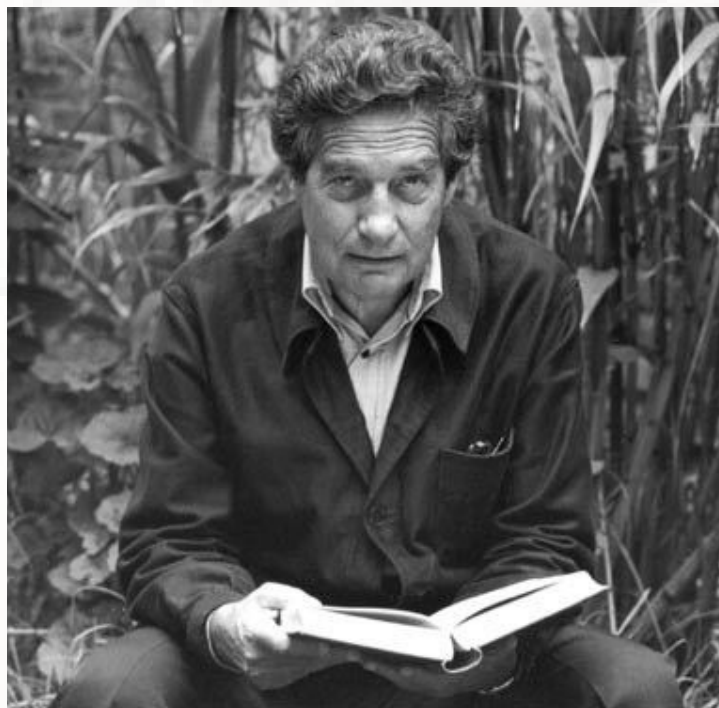
*“La soledad del mexicano
es el laberinto que lo
define y lo separa del mundo.”*



Cuando Octavio Paz publicó *El laberinto de la soledad* en 1950, no estaba intentando explicar la violencia que hoy atraviesa al país, ni mucho menos anticipar el México del siglo XXI. Su inquietud era otra: tratar de entender el carácter del mexicano, indagar en las raíces culturales y emocionales que moldean nuestra forma de estar en el mundo.

De su búsqueda surgió una idea que se volvió central en la reflexión sobre la identidad nacional: **el mexicano vive marcado por una forma particular de soledad**. No se trata, desde luego, de una soledad literal. Paz no pensaba en individuos simplemente aislados, sino en una experiencia histórica y cultural más compleja. Según su interpretación, **el mexicano suele proteger su vida interior detrás de ciertas máscaras: la reserva, el silencio, una cierta dureza que evita mostrar la intimidad**. Dicha actitud funciona como una defensa frente a los otros y también frente a la historia misma. En un país marcado por la conquista, la desigualdad y rupturas culturales, cerrarse puede ser una manera de preservar algo “propio”.

Hoy, más de siete décadas después de la publicación de su obra, México enfrenta una realidad que Paz no alcanzó a ver: un país profundamente abatido por la violencia con una crisis que no solo es de seguridad, sino también social y moral.



Ante este panorama me surge una pregunta: ¿puede aquella reflexión sobre la soledad mexicana ayudarnos a entender algo del presente?

Aunque tal vez la relación no sea directa, puede revelarnos algo.

La violencia no surge únicamente de factores económicos o criminales. **También nace cuando el tejido social se debilita, cuando la confianza entre las personas**

disminuye, cuando las instituciones pierden legitimidad o cuando no sentimos que somos parte de una comunidad. En ese contexto, el otro deja de ser alguien con quien se comparte una vida social y empieza a percibirse como una amenaza.

Es ahí, donde el análisis de Paz puede adquirir un nuevo significado.

En *El laberinto de la soledad*, describe a una socie-

dad en la que el individuo se protege emocionalmente. Él menciona que **el mexicano puede doblarse, puede humillarse, pero no “rajarse”**. Desde su perspectiva, **mostrar debilidad resulta peligroso e implica exponerse demasiado**. Esa dureza ha sido, durante mucho tiempo, una forma de resistencia cultural, pero también puede tener otros efectos.



Una sociedad en la que el dolor se oculta y la fragilidad se reprime corre el riesgo de transformar el conflicto en confrontación. Cuando las emociones no encuentran un espacio para expresarse, la agresión se vuelve uno de los pocos lenguajes disponibles.

Desde esta perspectiva, **la violencia actual podría entenderse no solo como un problema de seguridad pública, sino también como una señal de fractura social.**

Paz observaba que el mexicano a menudo se siente separado: separado de los otros, de su historia e incluso de sí mismo.

Esa distancia emocional, puede adquirir consecuencias colectivas cuando se combina con desigualdad, impunidad y debilidad institucional.

La soledad individual termina convirtiéndose, poco a poco, en una especie de soledad social.

El resultado es una sociedad donde millones de personas conviven en el mismo territorio, pero no siempre se reconocen como parte de una misma comunidad.

Paz buscó en la historia las raíces de esa fractura, tomando de referencia a la figura de La Malinche como símbolo de una herida originaria debido a la experiencia de la conquista y el nacimiento de la identidad mestiza y, concluyó que la identidad mexicana se formó a partir de tensiones profundas que nunca terminaron de resolverse del todo.

Hoy esas tensiones se manifiestan como **desigualdades, exclusión social, expansión del crimen organizado y un Estado que se percibe débil o ausente.** Por lo tanto, la violencia no es solo una actividad criminal, también puede convertirse en una forma de poder, de pertenencia y, en ciertos casos, de identidad.

Sin embargo, reducir su reflexión a una conclusión "pesimista" sería simplificar su pensamiento. **El laberinto de la soledad no es un ensayo que condene al mexicano, más bien es un intento por entender cómo la historia y la cultura influyen en la manera en que nos relacionamos con los otros.**

Los problemas de una sociedad no son solo económicos o institucionales, también tienen una dimensión cultural. La violencia que hoy atraviesa al país no se explica únicamente por la presencia del crimen organizado o por las fallas del sistema. También revela una crisis más profunda: **la dificultad de reconocernos como parte de una comunidad.**



Si la soledad fue, para Octavio Paz, uno de los puntos de partida para comprender la identidad mexicana, tal vez el desafío actual consista en imaginar cómo salir de ella y cómo dejamos de ser extraños entre nosotros.



Nocturno de San Ildefonso

(Fragmento)

1

Inventa la noche en mi ventana
otro espacio: fiesta convulsa
en un metro cuadrado de negrura.
Momentáneas confederaciones de fuego,
números errantes. Del amarillo al verde al rojo
se desovilla la espiral.
Ventana:
lámina imantada de llamadas y respuestas,
caligrafía de alto voltaje,
mentido cielo/infierno de la industria
sobre la piel cambiante del instante.
Signos-semillas:
suben, la noche los dispara,
estallan allá arriba,
ya quemados, se precipitan,
en un cono de sombra,
lumbres divagantes, reaparecen,
incendios giratorios, racimos de sílabas,
se dispersan,
otra vez añicos
La ciudad los inventa y los anula.
Estoy a la entrada de un túnel.
Estas frases perforan el tiempo.
Tal vez yo soy ese que espera al final del túnel.
Hablo con los ojos cerrados.
Alguien
ha plantado en mis párpados
un bosque de agujas magnéticas,
guía la hilera de estas palabras.
alguien
La página
se ha vuelto un hormiguero.
El vacío
se estableció en la boca de mi estómago.
Caigo
interminablemente sobre ese vacío.
Caigo sin caer.
Tengo las manos frías,
los pies fríos
—pero los alfabetos arden, arden.
El espacio
se hace y se deshace.
La noche insiste,
la noche palpa mi frente,
palpa mis pensamientos.
¿Qué quiere?

2

Calles vacías, luces tuertas.
En una esquina
el espectro de un perro.
Busca, en la basura,
un hueso fantasma.
Gallera alborotada:
patio de vecindad y su mitote.
México, hacia 1931.
Gorriones callejeros,
una bandada de niños
con los periódicos que no vendieron
hace un nido
Los faroles inventan,
en la soledumbre,
charcos irreales de luz amarillenta.
Apariciones,
el tiempo se abre:
un taconeo lúgubre, lascivo:
bajo un cielo de hollín
la llamada de una falda
C'est la mort —ou la morte...
El viento indiferente
arranca en las paredes anuncios lacerados.
A esta hora
los muros negros de San Ildefonso
son negros y respiran:
sol hecho tiempo:
tiempo hecho piedra,
piedra hecha cuerpo.
Estas calles fueron canales.
Al sol,
las casas eran plata:
ciudad de cal y canto,
luna caída en el lago.
Los criollos levantaron,
sobre el canal cegado y el ídolo enterrado,
otra ciudad
—no blanca: rosa y oro—
idea vuelta espacio, número tangible.
La asentaron
en el cruce de las ocho direcciones,
sus puertas
a lo invisible abiertas:
el cielo y el infierno.
Barrio dormido.
Andamos por galerías de ecos,
entre imágenes rotas:
nuestra historia.
Callada nación de las piedras.
Iglesias,

vegetación de cúpulas,
sus fachadas
petrificados jardines de símbolos.
Embarrancados
en la proliferación rencorosa de casas enanas,
palacios humillados,
fuentes sin agua,
afrentados frontispicios.
Cúmulos,
madréporas insubstanciales:
se acumulan
sobre las graves moles,
vencidas
no por la pesadumbre de los años,
por el oprobio del presente.
Plaza del Zócalo,
vasta como firmamento:
espacio diáfano,
frontón de ecos.
Allí inventamos,
entre Aliocha K. y Julian S.,
sinos de relámpago
cara al siglo y sus camarillas.
Nos arrastra
el viento del pensamiento,
el viento verbal,
el viento que juega con espejos,
señor de reflejos,
constructor de ciudades de aire,
geometrías
suspendidas del hilo de la razón.
Gusanos gigantes:
amarillos tranvías apagados.
Eses y zetas:
un auto loco, insecto de ojos malignos.
Ideas,
frutos al alcance de la mano.
Frutos: astros.
Arden.
Arde, árbol de pólvora,
el diálogo adolescente,
súbito almacén chamuscado.
12 veces
golpea el puño de bronce de las torres.
La noche
estalla en pedazos,
los junta luego a sí misma,
intacta, se une.
Nos dispersamos,
no allá en la plaza con sus trenes quemados,
aquí,
sobre esta página: letras petrificadas.

3

El muchacho que camina por este poema,
entre San Ildefonso y el Zócalo,
es el hombre que lo escribe:
esta página
también es una caminata nocturna.
Aquí encarnan
los espectros amigos
las ideas se disipan.
El bien, quisimos el bien:
enderezar al mundo.
No nos faltó entereza:
nos faltó humildad.
Lo que quisimos no lo quisimos con inocencia.
Preceptos y conceptos,
soberbia de teólogos:
golpear con la cruz,
fundar con sangre,
levantar la casa con ladrillos de crimen,
decretar la comunión obligatoria.
Algunos
se convirtieron en secretarios de los secretarios
del Secretario General del Infierno.
La rabia
se volvió filósofa,
su baba ha cubierto al planeta.
La razón descendió a la tierra,
tomó la forma del patíbulo
—y la adoran millones.
Enredo circular:
todos hemos sido,
en el Gran Teatro del Inmundo,
jueces, verdugos, víctimas, testigos,
todos
hemos levantado falso testimonio
contra los otros
y contra nosotros mismos.
Y lo más vil: fuimos
el público que aplaude o bosteza en su butaca.
La culpa que no se sabe culpa,
la inocencia,
fue la culpa mayor.
Cada año fue monte de huesos.
Conversiones, retractaciones, excomuniones,
reconciliaciones, apostasías, abjuraciones,
zig-zag de las demonolatrías y las androlatrías,
los embrujamientos y las desviaciones:
mi historia,
¿son las historias de un error?
La historia es el error.
La verdad es aquello,
más allá de las fechas,
más acá de los nombres,
que la historia desdeña:
el cada día
latido anónimo de todos,
latido
único de cada uno—,
el irrepetible

cada día idéntico a todos los días.
La verdad
es el fondo del tiempo sin historia.
El peso
del instante que no pesa:
unas piedras con sol,
vistas hace ya mucho y que hoy regresan,
piedras de tiempo que son también de piedra
bajo este sol de tiempo,
sol que viene de un día sin fecha,
sol
que ilumina estas palabras,
sol de palabras
que se apaga al nombrarlas.
Arden y se apagan
soles, palabras, piedras:
el instante los quema
sin quemarse.
Oculto, inmóvil, intocable,
el presente —no sus presencias— está siempre.
Entre el hacer y el ver,
acción o contemplación,
escogí el acto de palabras:
hacerlas, habitarlas,
dar ojos al lenguaje.
La poesía no es la verdad:
es la resurrección de las presencias,
la historia,
transfigurada en la verdad del tiempo no fechado.
La poesía,
como la historia, se hace;
la poesía,
como la verdad, se ve.
La poesía:
encarnación
del sol-sobre-las-piedras en un nombre,
disolución
del nombre en un más allá de las piedras.
La poesía,
puente colgante entre historia y verdad,
no es camino hacia esto o aquello:
es ver
la quietud en el movimiento,
el tránsito
en la quietud.
La historia es el camino:
no va a ninguna parte,
todos lo caminamos,
la verdad es caminarlo.
No vamos ni venimos:
estamos en las manos del tiempo.
La verdad:
sabernos,
desde el origen,
suspendidos.
Fraternidad sobre el vacío.

4

Las ideas se disipan,
 quedan los espectros:
verdad de lo vivido y padecido.
Queda un sabor casi vacío:
 el tiempo
—furor compartido—
 el tiempo
—olvido compartido—
 al fin transfigurado
en la memoria y sus encarnaciones.

Queda

El tiempo hecho cuerpo repartido: lenguaje.
En la ventana,
 simulacro guerrero,
 se enciende y apaga
el cielo comercial de los anuncios.

Atrás

apenas visibles,
 las constelaciones verdaderas.
Aparece,
 entre tinacos, antenas, azoteas,
columna líquida,
 más mental que corpórea,
cascada de silencio:

la luna.

Ni fantasma ni idea:

fue diosa y es hoy claridad errante.
Mi mujer está dormida.

También es luna,

claridad que transcurre
 —no entre escollos de nubes,
entre las peñas y las penas de los sueños:
también es alma.

Fluye bajo sus ojos cerrados,
desde su frente se despeña,
 torrente silencioso,
hasta sus pies,
 en sí misma se desploma
y de sí misma brota,
 sus latidos la esculpen
se inventa al recorrerse,
 se copia al inventarse
entre las islas de sus pechos

es un brazo de mar,

su vientre es la laguna
 donde se desvanecen
la sombra y sus vegetaciones,
 fluye por su talle,
sube,
 desciende,
 en sí misma se esparce,
 se ata
a su fluir,
 se dispersa en su forma:
también es cuerpo.

La verdad
es el oleaje de una respiración
y las visiones que miran unos ojos cerrados:
palpable misterio de la persona.
La noche está a punto de desbordarse.

Clarea.

El horizonte se ha vuelto acuático.

Despeñarse

desde la altura de esta hora:
 ¿morir
será caer o subir,
 una sensación o una cesación?
Cierro los ojos,
 oigo en mi cráneo
los pasos de mi sangre,
 oigo
pasar el tiempo por mis sienas.

Todavía estoy vivo.

El cuarto se ha enarenado de luna.

Mujer:

fuelle en la noche.

Yo me fío a su fluir sosegado.

Conversaciones con Octavio Paz

|CARLOS CHIMAL

Debo confesar que no tenía yo la intención de acercarme a él, pero las circunstancias lo pusieron en mi camino, ya saben, una cosa lleva a la otra. En 1992 un pequeño grupo de escritores fuimos invitados a ofrecer una serie de lecturas y conferencias literarias durante octubre en diversas ciudades de los Estados Unidos, a fin de promover una antología intitulada *New Writing from Mexico*, monumental traducción que acababa de publicar Northwestern University en Evanston, Illinois, no muy lejos de Chicago.



Uno de los compañeros de viaje fue el poeta y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM), **Manuel Ulacia Altolaguirre**, muy cercano a Octavio, con quien era fácil trabar amistad por su trato amable y charla amena. Además, la presentación de nuestra lectura en la Universidad de Nueva York corrió a cargo de **Eliot Weinberger**, excepcional ensayista y quien tradujo a Paz para la editorial New Directions.

No puedo olvidar que, animado por estos amigos, al regresar de la gira, un viernes de noviembre del mismo año de 1992 llamé por teléfono al secretario de redacción de *Vuelta*, en ese entonces el poeta **Aurelio Asiain**, y le propuse una columna mensual que se llamaría “Paisaje de la ciencia”. Me dijo que lo platicaría con OP. El lunes tenía ya una respuesta. Empezaríamos Ignacio Helguera, con su “Atril del Melómano”, y yo, con el Paisaje, a partir de enero de 1993, más una “Carta desde Guadalajara”, que durante un tiempo se turnaron varios escritores jaliscienses.

Pocos días después de haber publicado mi primera colaboración sonó el teléfono de mi casa; una voz femenina con acento francés al otro lado de la hebra dijo: “*Hola, Caglos, Octavio quiegue hablag contigo*”.



Casi se me sale el corazón. **Era la adorable Marie Jo, de eso no tenía la menor duda, pero, ¿a qué se debía la llamada?** ¿Recibiría un jalón de orejas? ¿Sería mi debut y despedida en *Vuelta*? Por fortuna, nada de eso sucedió.

El peso de la historia

Mi primer texto fue una entrevista larga al notable historiador de la ciencia, Elías Trabulse. Paz quería que abundara en los intrínquilos de una sociedad, la novohispana, que se resistía a adoptar el criterio científico como forma de vida, empeñada en mantener el oscurantismo como dogma.

**Ni en ese primer momento,
ni después sentí que su
intención fuese interrogarme,
probar qué tanto sabía de
tal o cual asunto, en este caso
del barroco mexicano, sino
abonar al razonamiento
porque, según él, la historia
tiene un peso específico en
el comportamiento de las
sociedades.**

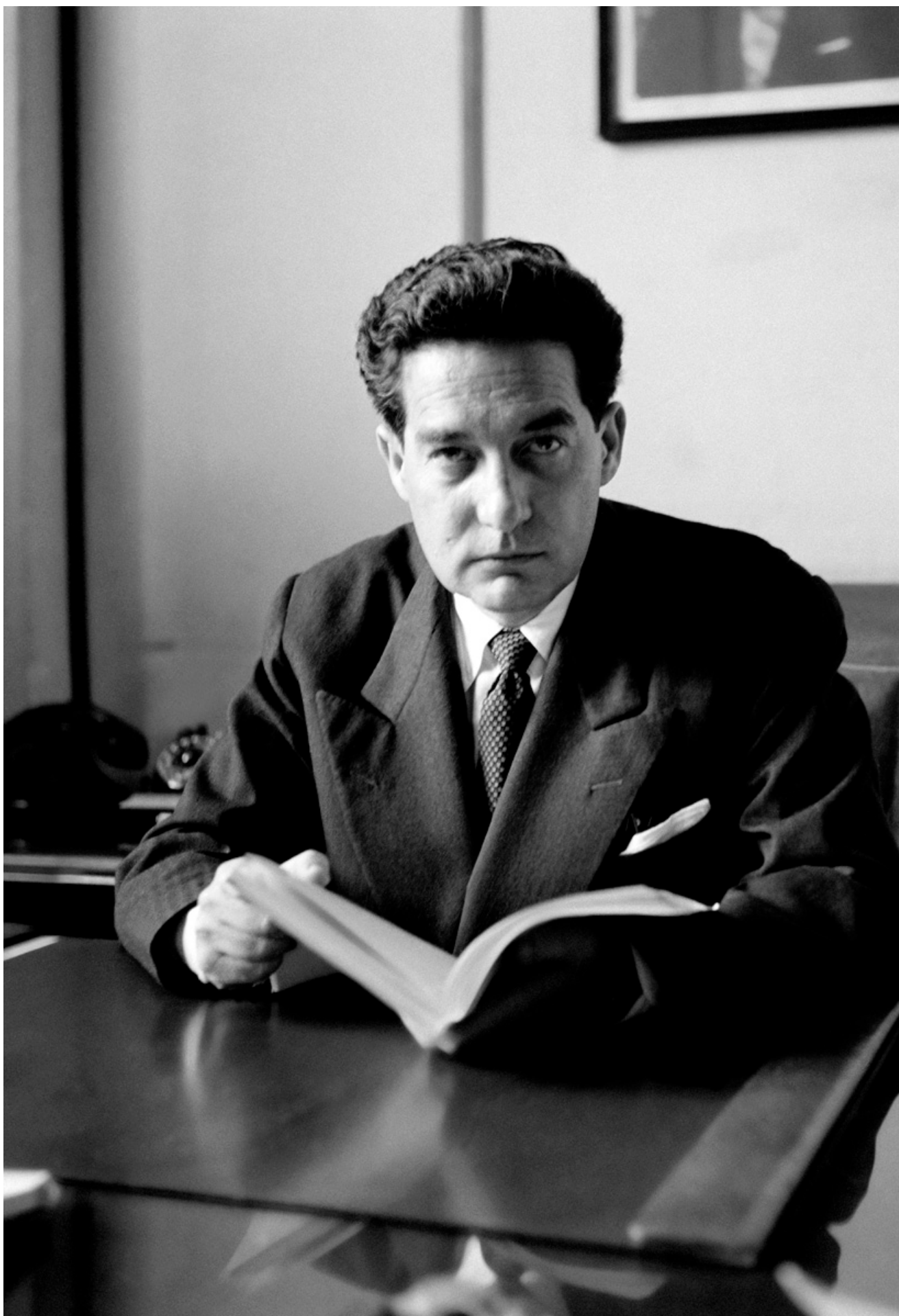
Le prometí que seguiría investigando acerca de los asuntos y matices que fui incapaz de esclarecer en ese momento.

Pocos días después Aurelio me invitó a un evento en el que se presentaría una nueva edición de la traducción de los poemas del poeta japonés Matsuo Basho (1644–1694) que Paz había llevado a cabo asistido por el especialista Eikichi Hayashiya. En 2014 Aurelio publicó *Japón en Octavio Paz* bajo el sello del FCE, un magnífico estudio sobre la senda de Oku que OP emprendió, sobre todo cuando fue embajador en las islas japonesas.

Esa vez hablamos de la creación de mitos, como el de la Virgen de Guadalupe, promovido hacia la segunda mitad del siglo XVII por los criollos encabezados por Carlos de Sigüenza y Góngora. Sin embargo, aseguré, éste defendió el conocimiento científico con la misma vehemencia que rastreó supuestas pistas guadalupanas en diversos sitios del Virreinato. Paz hizo notar que en este caso, como en el de Sor Juana Inés de la Cruz, se trata de personajes extraordinarios, forjados en el horno de una sociedad claroscuro, amalgamados en el doloroso crisol de la nueva nación.



HL • Foto: tomadas de <https://magis.iteso.mx/nota/carlos-chimal-el-viajero-cientifico/>





Pasión por lo visual

Al cabo del tiempo Paz adquirió la costumbre de llamarme una vez al mes, o bien a través de Aurelio, me enviaba invitaciones a diversos eventos. No quisiera dar la impresión de que era una persona fácil; en realidad oscilaba entre lo mercurial y lo saturniano, entre estados de euforia y depresión; no por nada en particular, por todo en general. Detestaba a los lisonjeros y a los intelectuales cosméticos.

Su comprensión de lo que las ciencias y su herramienta, la tecnología, podían brindarnos lo empujaba a inquietarse, a veces a angustiarse. Me atreví a proponer una columna de ensayo literario con tema científico porque estaba seguro de que Paz lo entendería. En efecto, fue así; atiné al ponderar el auge de lo visual en la imaginería científico-tecnológica, en lugar de ofrecer farragosas y aburridas explicaciones. Paz agradeció que no lo tratara, ni a él ni a los lectores de *Vuelta*, con la arrogancia del sabelotodo.

Una de las facetas de su literatura que más admiré fue la manera genial de enriquecer lo que uno observa en una obra de arte. Como un Virgilio cualquiera que muestre curiosidad, OP nos guía al interior de lo infernal y lo celestial que conviven en ese trozo de tela y colorantes, o bien en aquel pedazo de piedra o metal que el artista ha tocado.

Ejemplo de ello es su poema para el pintor surrealista chileno Roberto Matta, *La Casa de la Mirada*. Su mirada de los peldaños que conforman una cuasi invisible escalera del universo fue minuciosa, audaz cuando interpretó lo que sucedía en el cosmos y cómo éste ha evolucionado; sus propuestas poéticas son imágenes que iluminan los procesos mentales, los sueños del observador y los temores de los adelantados.

Paz se distingue entre los grandes poetas porque, parafraseando a Gilbert K. Chesterton, algunos de ellos, con toda su magnificencia literaria, seguirán conformándose con meter la cabeza en el cielo para engran-

decer su poesía. Otros, por el contrario, más avezados e imaginativos, se atreverán a inundar de cielo su cabeza, sin importarles en cuántos colores termine descompuesta. Tal fue el caso de Paz.

Y no es que haya recurrido al truco elemental de mencionar en sus poemas matraces y ecuaciones, o pretender reproducir sucesos de la ciencia. Poemas como “La casa de la mirada” nos muestran el espíritu lúdico de una persona curiosa, cuya inteligencia supo reconocer el juego de semejanzas y contrarios entre lo subatómico y lo sideral. Explorador de la palabra moderna, nos invitó a experimentar de una manera estética los nuevos conceptos de la luz, el tiempo y el espacio, articulados por las ideas emanadas del conocimiento científico:

“Estás en la casa de la mirada, los espejos han escondido todos sus espectros,

no hay nadie ni hay nada que ver, las cosas han abandonado sus cuerpos,
no son cosas, no son ideas: son disparos verdes, rojos, amarillos, azules,

enjambres que giran y giran, espirales de legiones desencarnadas,

torbellino de las formas que todavía no alcanzan su forma.”

Conociendo su seria afición por el pensamiento científico, podemos comprender mejor

cómo a lo largo de estos versos dedicados a la expresión pictórica de Matta se permite trastocar el tejido espacio-temporal y jugar de manera deslumbrante con la luz. Las primeras líneas del poema dicen así:

“Caminas adentro de ti mismo y el tenue reflejo serpeante que te conduce

no es la última mirada de tus ojos al cerrarse ni es el sol tímido golpeando tus párpados:

es un arroyo secreto, no de agua sino de latidos: llamadas, respuestas, llamadas, hilo de claridades entre las altas yerbas y las bestias agazapadas de la conciencia a oscuras.”

Mirar, observar, otear, percibir los cuerpos luminosos pintados de sombras propone el poeta en un diálogo que se perpetúa en el tiempo, extendiendo sus lazos hacia el universo y hacia el mundo de las partículas subatómicas. No se trata de retruécanos apantallantes. Paz, además de las estrellas, era un apasionado de este mundo apenas visible; de hecho, llegó a entablar correspondencia con Steven Weinberg, premio Nobel por sus aportaciones al esclarecimiento de semejante realidad particular. Octavio lo invitó a ofrecer una conferencia en El Colegio Nacional, y me pidió que lo acompañara durante su estancia en México; desafortunadamente Weinberg enfermó y no pudo asistir.



Pero dio pie para hablar de este notable físico cosmólogo. **“Las emociones deben prevalecer al contemplar ese mundo apenas perceptible, interno”**, me dijo Paz, cosa que hubiera sido aleccionador discutir con su amigo Weinberg, quien pronunció un apasionado discurso en defensa de la investigación científica dentro del átomo sin fines bélicos ante los miembros del Congreso de los Estados Unidos. Como ironizó OP, sin duda los estudiantes y poetas lo entendieron mejor que ellos.

**Paz me abrió las puertas
de la casa de la mirada, me
animó a seguir visitando los
sitios donde se indaga el
origen y destino de todas las
cosas, esto es, los gigantescos
telescopios y los enormes
aceleradores de partículas.
“Tráiganos noticias de esos
aquelarres que celebran esas
tribus en su intento por develar
la intimidad de la materia, donde
nada se da por sentado y todo
debe de ser probado mediante
experimentos sofisticados”,
sentenció..**



HL • Foto: tomadas de <https://magis.iteso.mx/nota/carlos-chimal-el-viajero-cientifico/>

Lo externo define el sendero interior, aseguraba él, quien además de Steven Weinberg, mantuvo amistad con el explorador del cableado fisiológico que sustenta la mente humana, el también premio Nobel **Gerald M. Edelman**. La realidad que subyace en el surrealismo está encarnada en pensamientos saturnianos transportados por Mercurio.

*“...al entrar en ti mismo no sales del mundo, hay ríos y volcanes en tu cuerpo, planetas y hormigas,
en tu sangre navegan imperios, turbinas, bibliotecas, jardines,
también hay animales, plantas, seres de otros mundos, las galaxias circulan en tus neuronas,
al entrar en ti mismo entras en este mundo y en los otros mundos,*

*entras en lo que vio el astrónomo en su
telescopio, el matemático en sus ecuaciones:
el desorden y la simetría, el accidente y las
rimas, las duplicaciones y las mutaciones,
el mal de San Vito del átomo y sus partículas,
las células reincidentes, las inscripciones
estelares.”*

Somos la bisagra que facilita el movimiento corpuscular, subatómico, cósmico. Más adelante, **Paz especula acerca de nuestra posición en el universo**, los desafíos fantásticos que enfrentamos ayer, hoy y lo seguiremos haciendo mañana.

*“La tierra es un hombre, dijiste, pero el hombre no es la tierra,
el hombre no es este mundo ni los otros mundos que hay en este mundo y en los otros,
el hombre es la boca que empaña el espejo de las semejanzas y dice sí,*

*el equilibrista vendado que baila sobre la
cuerda floja de una sonrisa,
el espejo universal que refleja otro mundo
al repetir a éste, el que transfigura lo que
copia,*

el hombre no es el que es, célula o dios, sino el que está siempre más allá...”

Paz insiste en la idea especular, pues en el fondo somos reflejo de la luz del Sol. Juega con la idea de la evolución más allá de las especies. **Propone la poesía como el reducto final que, quizás, nos permita trascender.**

*“...los espacios fluyen y se despeñan bajo la mirada del tiempo petrificado,
las presencias son llamas, las llamas son tigres, los tigres se han vuelto olas,
cascada de transfiguraciones, cascada de repeticiones, trampas del tiempo:
hay que darle su ración de hambre a la naturaleza hambrienta,
hay que agitar la sonaja de las rimas para engañar al tiempo y despertar al alma,
hay que plantar ojos en la plaza, hay que regar los parques con risa solar y lunar,
hay que aprender la tonada de Adán, el solo de la flauta del fémur,
hay que construir sobre este espacio inestable la casa de la mirada,
la casa de aire y de agua donde la música duerme, el fuego vela y pinta el poeta.”*



OP nos muestra cómo, querámoslo o no, en la práctica se ha disipado la idea neorromántica de que Gea (algunos la escriben “Gaia”, anglicismo que se refiere a la diosa de la Tierra entre los antiguos griegos) **conduce la trama del espacio-tiempo humano**. Desde que en 1950 se abandonó la rotación terrestre como medida del tiempo por el viaje de un haz de átomos de cesio, descubrimos que Gea no dirige nada y es parte de un mecanismo más bien impreciso; según otros, estamos frente a una adicta al diseño, incapaz de hacer otra cosa que repetir sus patrones hasta que el combustible se agote.

Según Paz, “el pensamiento teje y desteje la trama”, no Gea. El Sol es nuestra clepsidra, por lo que, mientras el helio fluya, antes que nada habrá poesía que leer y la de Octavio Paz será una de las que continúe alimentando de líquido vital el reloj sempiterno.

Poesía de la ciencia, ciencia de la poesía Los versos dedicados a Matta ilustran las sorpresas literarias que puede brindarnos la imaginación científica a través de los ojos de un gran pensador. A lo largo de esas conversaciones comenzó a revelarse un Paz curioso, cuya asombrosa inteligencia lo llevaba a dar dos o tres pasos por delante de su interlocutor; quizás podía ser apabullante, pero nunca pedante gracias a su magia de poeta, a su gusto por conversar si el momento era propicio.

Comprendió desde el primer instante que la divulgación de la ciencia per se, en ese entonces en pañales, era desde luego algo importante, siempre y cuando se transmitiera con ingenio y eficacia literarios. Pero más interesante, trascendental, sería explorar asuntos, pasajes históricos, conjeturas, invenciones desde la óptica del poeta.

Había que hacer poesía de la ciencia con mesura y azoro, de la misma manera como él había reflexionado sobre lo que puede aportar a la exégesis poética el espíritu científico. Repito, no se trataba de aplicar ecuaciones a fin de ensayar acerca de la acción poética, cosa extravagante y snob, sino de **aprender a descubrir los vasos comunicantes que a veces se forman subrepticamente entre la invención literaria y la imaginación científica.**

“Hay que mostrar curiosidad gatuna”, me dijo con una sonrisa pícaro, “pues la misma curiosidad que mató a un gato, dicen, salvó a otro”.

Entrar en diálogo con OP resultó siempre una ingeniosa forma de dibujar constructos efímeros, pues si bien sabíamos que habrían de esfumarse en el hilo de cobre o en el fugaz encuentro social, de alguna insospechada manera nos llevarían a pensar las cosas dos veces, nos convertirían en libertarios de la palabra, en sembradores de dudas útiles en el lector.

El día en que ocurrió el deceso de Paz me encontraba en el poblado británico de Cambridge. Apesadumbrado, levanté el teléfono de la red interna de colegios y marqué la extensión del profesor **George Steiner**, con quien había platicado semanas atrás acerca de las relaciones entre literatura, filosofía y ciencia. **“Día triste como pocos”, me dijo, “un distinguido habitante de la casa de la mirada nos ha dejado”.**



Ecos del laberinto de la palabra

*«Insiste, vencedora/ porque tan sólo existo porque existes, /
y mi boca y mi lengua se formaron / para decir tan sólo tu existencia.»*
(“La Poesía” - O. Paz)



Octavio Paz

| STAFF · hipócritalector

Más que un prolífico escritor, **Octavio Irineo Paz Lozano** fue la voz que puso a México en el centro del mapa literario mundial. **Premio Nobel de Literatura en 1990**, su obra se mueve entre dos grandes mundos: **la poesía**, donde exploró con sensibilidad el amor y el paso del tiempo, y **el ensayo**, desmenuzando como nadie la identidad y el carácter del mexicano en su célebre libro *El laberinto de la soledad*. Su legado reside en su gran capacidad para unir nuestras raíces antiguas con la modernidad, convirtiéndose en un puente necesario para entender qué significa ser humano desde una perspectiva clara y brutalmente honesta, a través de frases cargadas de simbolía y belleza que Hipócrita Lector reúne a 112 años de su natalicio.

“Nuestro culto a la muerte es culto a la vida, del mismo modo que el amor que es hambre de vida es anhelo de muerte.”

“El mundo nace cuando dos se besan.”

“La resignación es una de nuestras virtudes populares. Más que el brillo de la victoria nos conmueve la entereza ante la adversidad.”

“La nube preñada de palabras viene dócil y sombría, a suspenderse sobre mi cabeza, balanceándose, mugiendo como un animal herido.”

“Si el arte es un espejo del mundo, ese espejo es mágico: lo cambia.”

“Nuestro irreflexivo culto al progreso y los avances mismos de nuestra lucha por dominar a la naturaleza se han convertido en una carrera suicida.”

“La manifestación más pura e inmediata del tiempo es el ahora. El tiempo es lo que está pasando: la actualidad.”

“Para el mexicano la vida es una posibilidad de chingar o de ser chingado.”

“El amor nace de un flechazo; la amistad del intercambio frecuente y prolongado. El amor es instantáneo; la amistad requiere tiempo.”

“La memoria no es lo que recordamos, sino lo que nos recuerda. La memoria es un presente que nunca acaba de pasar.”

“El poder mágico de la palabra se intensifica por su carácter prohibido.”

“Aprender a dudar es aprender a pensar.”

Octavio Paz

